



DIAS DE PRIMAVERA.

I

HERMOSA época del año esta época de la primavera! Ha llegado ya á nuestro hermosísimo valle la estación de las flores y de las brisas perfumadas, del canto de las aves y de las campestres alegrías. Los vientos, refrescados todavía por las últimas nieves del invierno, llévanse en sus alas las secas hojas de los árboles, esas hojas que fueron gala y adorno de la naturaleza; las golondrinas vuelven de sus viajes, y llenas de alborozo y de inquietud buscan el nido de sus últimos amores, en las ventanas, en las paredes de las iglesias ó en las escondidas grietas de las torres; las delicadas plantas de los jardines recobran su natural vigor y lozanía, para ostentar despues, en medio de sano verdor, rojos y encendidos claveles, blancas azucenas, frescas margaritas y rosas, tulipanes y jacintos; hínchense las yemas de los árboles, se cubren de verde alfombra los prados, la corona de plata de las montañas desaparece cediendo su lugar á vistosas diademas de esmeralda, y todo, en fin, cambia y se transforma, y renace á una nueva vida.

El cierzo helado despojó á los bosques de su galano follaje; pero ahora viene la primavera á dárselos floridos y frescos, para que el viajero tenga sombra donde refugiarse del abrasado sol de medio día. Las fértiles campiñas, ántes tristes y amarillentas, vánse á ver ahora poéticamente engalanadas de diversas y pintadas flores; los vergeles en que sólo se oían susurros de enfadosos insectos, repetirán en sus altas bóvedas de verdura, el amoroso gorgceo del ruiseñor, el blando arrullo de la tórtola, el alegre canto con que otras aves saluden el nuevo día, y los melancólicos trinos con que se despidan de la tarde. Las mariposas, encerradas por tanto tiempo en su cárcel, al sentir las tibias caricias del sol de primavera saldrán gozosas y ufanas á disfrutar de la existencia, sumergiéndose en verdaderos océanos de dorada luz, vagando por jardines y llanuras donde liben la miel exquisita de las flores, y ostentando, en fin, ante grupos de candorosos niños, los colores de sus alas, haciendo alarde, al parecer, de su ligereza y dando giros caprichosos á sus vuelos. En las apartadas soledades donde ántes no se percibía ningún perfume, nos regalará ahora el aroma embriagador de la violeta, del azahar y la mosqueta; y allí donde había silencio, tristeza y soledad, reinarán luego el animador bullicio de la naturaleza, la alegría de los pájaros, las múltiples armonías y cánticos de la creacion.—¿Quién, pues, no se regocija con estos días de esplendorosa luz? ¿Quién no se siente renacer á una nueva vida, cuando á su derredor todo florece y se reanima?

II

Los moradores de las ciudades, donde el polvo ahoga y molesta, el estruendo de los carruajes ensordece, el ruido aleja á las golondrinas, y las calles impiden ver el cielo, como las paredes de una cárcel; los moradores de las ciudades, digo, no saben á la verdad lo que es la llegada de la primavera, esta risueña y pródiga deidad que es la alegría del campesino; ni conocen tampoco las armonías con que se anuncia, las espléndidas galas con que se presenta, ni el lujo que despliega durante su reinado sobre la tierra. Para eso es necesario estar en el campo, en la montaña, en medio de bosques y hondonadas. Aquí todo es igual siempre, y no se disfruta de los goces inocentes y sencillos que ofrece la naturaleza: la agitacion continua en que vivimos no nos permite ver los cambios y trasformaciones de la tierra en las distintas épocas del año; y además, hay otros cuadros y otras escenas que entretienen nuestra atencion. Al aire embalsamado de los campos, parece que preferimos los vapores del vino, del tabaco y del café; á las risueñas y hermosas campiñas bordadas de flores, las ridículas y extravagantes decoraciones de un teatro; al canto melodioso y lleno de misterio de los pájaros, los irritantes acentos de una música sensual; y á las horas de meditacion á que convida la soledad de los bosques, las largas conversaciones con gente frívola y vana.

¿Cuán dichosos son en cambio los que viven

léjos de estos centros populosos, libres de las trabas que á nosotros tanto nos estorban para obrar bien y emplear las horas que tenemos de descanso en honestos entretenimientos! Allí es puro y sano el aire que se respira; las flores convidan á gozar de su perfume; las montañas ofrecen perspectivas majestuosas, y fácilmente se encuentran distracciones en las escenas más comunes, en los objetos más sencillos é insignificantes. Ir, pues, á pasar al campo la temporada de primavera, despues de haberse fastidiado en la ciudad, es indudablemente el goce mayor que se puede apetecer. ¿Quién no lo desea con ánsia? ¿Quién no suspira un poco por tener otra vida, otras costumbres; ver otros objetos y tener distintos pasatiempos?—Las flores que aquí tenemos han sido plantadas y cultivadas en macetas, regadas por agua que ha traído un sirviente; han estado defendidas de los ardores del sol por gruesas cortinas de trapo, y ni el rocío de la noche ha fecundado sus cálices, ni la aurora les ha mandado su primer beso, ni las brisas de la tarde han agitado blandamente sus delicados pétalos. ¿Qué extraño, pues, que carezcan de perfume, de frescura y lozanía? ¿Qué extraño que sus colores sean pálidos y que apenas desprendidas de sus tallos, comiencen á languilecer y á marchitarse? No así las flores del gran jardín de la naturaleza: el calor del sol las fecundiza; el rocío del cielo las refresca; la luz aviva y enciende sus colores; el manso céfiro juega con sus hojitas, y les comunica animacion y vida. Allí, no abierto aún el boton del nardo, del clavel, de la rosa de Castilla, perci-

bense ya sus delicados aromas; y las mariposas y las abejas pueden libremente gustar la miel escondida en su seno. En la ciudad jamás vemos la salida del sol, porque acostumbrados á desvelarnos todas las noches en frívolas diversiones, prolongamos nuestro descanso hasta pasadas las primeras horas de la mañana; nunca vemos tampoco la poética y melancólica caída de la tarde, ni escuchamos los trinos melodiosos de las avecillas que de ella se despiden, ni contemplamos las caprichosas figuras que nubes de oro, de grana y de violeta forman en nuestro horizonte. De nada de esto gozamos; todo pasa inadvertido para nosotros.

En el campo sucede lo contrario, y hasta parece que cambian nuestras condiciones físicas; pues instantáneamente nos sentimos bien, muy bien: se robustece nuestro cuerpo, se aligeran nuestros movimientos, y una actividad maravillosa se apodera de nosotros. Ya no hay en nuestros pasos aquella lentitud perezosa que nos robaba tiempo; ya no tiene nuestro rostro aquel color amarillento y pálido que nos daba el aspecto de enfermos anémicos, ni en nuestros ojos hay, por último, aquella enfadosa expresion de fastidio y de indiferencia. Todo esto desaparece bajo la saludable influencia de los aires puros, del aroma de las flores, de las encantadoras perspectivas que por todas partes se ofrecen á nuestra vista: dormimos poco, y nuestro sueño es tranquilo y profundo. Ningun cuadro campestre, ninguno de sus detalles queremos dejar de examinar.—Entónces, sí, el hombre se contempla rey de la creacion, y en medio del si-

lencio que lo rodea, llega á comprender que todo ha sido para él, para su beneficio y su deleite. Admirado ante la obra de Dios, sus labios pronuncian cánticos de gratitud y de alabanza. La majestad de los bosques y la grandeza imponente de las montañas; los astros que brillan en el cielo, la luna que alumbra el firmamento, los prodigios de la tierra; todo parece asociarse en feliz concierto, para recrear su espíritu y alimentarle de elevados y sublimes pensamientos.

III

Los alrededores de México son á propósito para pasar en ellos esta temporada. San Ángel y Mixcoac, Tlalpan y Coyoacan, con sus huertas y sus jardines, sus hermosas alamedas, sus quintas cómodas y elegantes, su cielo trasparente y purísimo, convidan siempre á buscar allí un ameno y delicioso retiro. Los vientos del Ajusco bajan hasta esos vergeles de flores, trayendo los olorosos perfumes de la sierra y la frescura de sus nieves que se derriten ya; las avecillas que han mudado de plumaje ensayan de nuevo sus cantos, siempre viejos y siempre agradables á quien los oye, y todo anuncia una época de ventura y de placeres.

¡Ay! al ver todo esto y presenciar los preparativos de las familias que van á pasar allí algunos meses, ¿cómo no suspirar por la vida doméstica, todos los que, como el autor de estas líneas, están léjos de su hogar y de sus paisajes queridos? ¿cómo no lamentar esta soledad en que vivimos, esta tristeza que nunca nos deja,

esta cansada monotonía con que se desliza nuestra existencia? ¿cómo no envidiar, por último, á los que van á deleitarse con las inocentes alegrías del campo, con las sombras de los huertos, con el apartamiento silencioso de escondidos sotos? ¡Y cuán deliciosamente debe deslizarse allí la vida! Ni teatros ni visitas de cumplimiento, ninguna de las exigencias que en la ciudad nos hacen esclavos de los demás, irán allí á turbar nuestro reposo: podrán dividirse las horas del día entre el estudio y la contemplación, entre la lectura de libros recreativos y largos paseos por lugares solitarios: se hallará gusto en cuidar las flores, en observar las costumbres de las aves y espiar sus amores: acaso se buscarán la paz y el silencio para evocar tiernos recuerdos y pensar en lo porvenir. . . . ¡Cuánto dirán á los espíritus reflexivos estos soberbios cuadros que presenta el valle de México! El Popocatepetl y el Ixtacihuatl con la cándida y eterna nieve de sus cumbres; los inmensos lagos, los huertos con sus flores y sus brisas, las montañas que rodean este paisaje sin igual, y que de léjos parecen de turquesa ó de esmeralda. . . . ¡Qué objetos todos de admiración y de regocijos íntimos!

Empero, ¿causan igual emoción en todos los ánimos, estos cuadros de la naturaleza?—Suelen los desengaños del mundo marchitar las flores de nuestras ilusiones, secar la sávia de nuestro corazón, entristecer para siempre nuestra alma; y al desaparecer de nuestro lado un sér querido, todo en el mundo nos parece árido y sombrío. La vida no tiene ya para nosotros aquel encan-

to, aquel atractivo que eran nuestro deleite: el cielo está sin astros, carecen de colores los paisajes, de esplendidez las montañas, de grandiosa suntuosidad el universo. Entónces queremos la soledad, las sombras, el silencio: en nada, sino en la meditacion de nuestro dolor, se ocupa el alma; en nada, sino en una plácida melancolía, halla sosiego nuestro espíritu. Huimos con miedo de la sociedad, temerosos de que nos ofrezca profanos consuelos y de que se burle de nuestro sentimiento y de nuestra amargura. ¿Qué puede en tales momentos alegrarnos ni entusiasmarlos? La naturaleza es, sin embargo, una amable amiga del hombre, y ella puede ir depositando lentamente en nuestra alma un tesoro de consuelos y de esperanzas dulcísimas. Nada hay eterno sino Dios, y ni el dolor ni la alegría han de acompañar siempre al hombre en su peregrinacion por la tierra. De aquí que el que sufre se sienta aliviado en cierto modo, al observar la resurreccion de la naturaleza en la primavera, despues de las hondas tristezas del invierno; y de aquí tambien que sienta henchido su espíritu de serenos goces, cuando en medio de las alegrías del universo abren su cáliz las flores, y cantan los pájaros, y las bulliciosas golondrinas, esas eternas amigas de los poetas, vienen á buscar sus antiguas viviendas.

En nuestro valle de México, donde la benignidad y dulzura del clima nos hacen vivir en una perpétua primavera, esos cuadros que tanto deleitan el ánimo, abundan por todas partes y á todas horas del día. Las mañanas son tibias y perfumadas, sin brumas ni nada que opaque su

diáfana serenidad. A lo léjos se divisan las montañas, destacándose sobre un cielo siempre azul y al parecer ornado de encajes.—En las calzadas y en los barrios lejanos percíbense los ruidos de la ciudad, confundidos algunas veces con las mansas vacadas, que á paso lento atraviesan los campos para regresar á sus abrevaderos y estancias.—A la mitad del día, los horizontes se aclaran más y más; pequeños y verdes bosques véense diseminados en la extension del valle, como frescos oasis que invitan al descanso; y por último, al caer la tarde, como si la naturaleza se sacudiera despues de la ardorosa siesta, renacen el movimiento, la animacion y la vida. ¡Nada tan hermoso entónces como esas horas que preceden al crepúsculo! El sol descende con majestad, tiñendo de rojo y oro las nubes y las crestas del monte, el abismo donde pronto ha de hundirse y las lejanas perspectivas que ofrecen nuestras montañas. Las verdes praderas que rodean la ciudad, los blancos caceríos de los pueblos vecinos, el Ajusco, el Tepeyac, las lomas de Santa Fé, todo aparece revestido de poético encanto y mágica galanura. El castillo de Chapultepec muéstrase gallardo sobre su pedestal de rocas y entre sabinos seculares, dominando como el orgulloso señor de una comarca aquellas fiestas de la tarde. Á sus piés se extiende el gran Paseo de Colon, con sus estatuas, sus amplias glorietas, sus árboles siempre frondosos, y sus banquetas bien alineadas y cubiertas de sombra. Centenares de carruajes circulan por sus avenidas, conduciendo en mullidos divanes á las familias más elegantes de México. En ta-

les momentos y ante cuadros tan hermosos, el ánimo se siente tranquilo y extasiado, y se establece una como secreta armonía entre los sentimientos del alma y las imágenes de la naturaleza. El gozo, la alegría, el amor, los anhelos y ensueños, todo se aviva y magnifica; nacen nuevas ilusiones, y la vida parece anunciarnos una série de inacabables venturas.

¡Bendita primavera que así calma los pesares de los hombres, y con sus pródigos dones nos hace soñar con la felicidad! ¡Bendita estacion que da lozanía, y vida, y hermosura á la tímida doncella que languidece de amor, que enciende en sus mejillas el casto fuego del pudor cristiano, que tiñe de rosa los ensueños de su alma pura, y le ofrece en cada una de sus flores poéticos y expresivos emblemas de sus inocentes pensamientos! ¡Bendita primavera, que trae en las alas de sus brisas perfumes deliciosos, precursores de esos otros perfumes de la vida,—el amor, los recuerdos y la esperanza!



RECUERDOS DEL EVANGELIO.

I

ALLÁ, en Judea, en las risueñas campiñas regadas por el Jordan, en las esmaltadas praderas que perfuma la flor de Jericó, en las amenas orillas del mar de Galilea, en los callados montes y las tranquilas florestas; en aquellas ciudades del Oriente llenas de grandeza y de tradiciones sublimes, donde resonaron las voces de los profetas y gimieron Ezequiel y Jeremías,—la multitud sigue á un hombre de aspecto sencillo y majestuoso, que predica palabras de amor y de enseñanza que á todos consuelan. Viste la humilde y modesta túnica de los hebreos: son sus maneras de una naturalidad casi primitiva, tienen sus miradas una expresion de dulce ternura que no puede explicarse, y es su fisonomía espejo limpio de bondad y misericordia. Diríase que en la varonil belleza de ese hombre hay algo divino que lo hace extranjero en este mundo.

¿Quién es este varon que recorre sin cesar los lugares más apartados de Judea y que atrae cerca de sí á cuantos le ven? ¿Por qué todos